

OTRA VEZ ARISTOTELES

Escribe: JORGE ENRIQUE LEAL G.

En varias oportunidades han aparecido en este Boletín interesantes comentarios filosóficos —*El hombre, este desequilibrado* de Miguel Federico Sciacca, por el presbítero Alvaro Sánchez y *Albert Camus*, por Eduardo Carranza, entre otros—, que nos han hecho pensar en la innegable conveniencia de promover nuevamente la inquietud por tales disciplinas en esta época de crudo materialismo y de pasmosos avances técnicos. Estos últimos envuelven, en verdad, el peligro de que el hombre ante tanta maravilla como se abre a su inclinación pesquisidora y ante tanto misterio como aparentemente se revela a su espíritu conquistador, un mucho orgulloso de sus descubrimientos quiera atribuirlos a una simple mecánica de leyes naturales que inexorablemente se cumplen y no vuelva su corazón y su mente agradecidos a Dios, a ese Ser inmutable, poderoso y eterno, único artífice de todo lo que hoy nos deleita y de lo que mañana, a la luz de nuevos hallazgos, nos asombrará todavía más.

Las inquietantes preguntas con que Luciano Balmes termina su Historia de la Filosofía, siempre antiguas y actuales siempre, de ¿Existe algo; cómo lo sabemos?... ¿Cuáles son nuestros medios de percepción; es legítimo su testimonio?... ¿Cuál es la naturaleza de las cosas?... ¿Cuál es su origen?... ¿Cuál su fin?, han apasionado a los hombres de todas las edades e, indudablemente, continuarán atormentándolos en el correr de los siglos; se necesitó, sin embargo, el milagro del espíritu griego para que estas profundas cuestiones se discutieran de manera metódica en escuelas y se difundieran por boca de expositores eminentes; el eco de sus profundas discusiones ha salvado todas las distancias y la buena nueva del pensamiento heleno como un mensaje de luz se ha desatado sobre la antena de las inteligencias ávidas.

A ese pozo de sabiduría que es la historia del ideario griego, han acudido a abreviar su sed de conocimientos los martirizados de ciencia; los enamorados del terrible enigma de qué somos y hacia dónde nos dirigimos. Síntesis equilibrada de todo ese saber y fuente inexhausta de donde se extraen, como en la parábola evangélica, aguas de vida eterna, son a no dudarlas las geniales concepciones de Aristóteles, tan glorificadas por unos como denostadas por otros. Curioso es, no obstante, comprobar cuánto encierran de verdad las algo hiperbólicas palabras de Schelling cuan-

do afirma que nunca nadie creará nada permanente si no llega a expresarse como Aristóteles y a agudizar sus propias ideas en el esmeril de sus argumentos.

Es fácil tropezar, a veces con demasiada frecuencia, con escritos que se precian de filosóficos y a través de los cuales Kant, Hegel, Leibniz, Descartes, Hobbes y Nietzsche, son traídos a colación, comentados y enaltecidos en alegre promiscuidad y, por lo que se trasluce, con una lamentable ignorancia de sus doctrinas. Bueno es saber que todos ellos, quien más quien menos, ya abierta ya veladamente, coinciden con uno o más planteamientos del padre del peripatetismo.

El espíritu de este comentario es el de recordar para renovada admiración de nuestra parte y así sea con el apresuramiento que el limitado espacio impone, las principales ideas que iluminan con relámpagos de genialidad el sólido sistema del fundador de El Liceo.

Bien sabido es como la lógica de Aristóteles persiste aún en nuestros días, pese a los denodados esfuerzos de la lógica simbólica matemática por sustituirla. Su clasificación de los categoremata o predicables en especies, géneros, diferencias específicas, propios y accidentales, lo mismo que la de los géneros supremos en sustancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, tiempo, lugar, situación y hábito, al mismo tiempo que es un monumento imperecedero de tan graníticos cimientos que nada han podido en su contra las arremetidas de mentes tan bien estructuradas como las de Kant y Stuart Mill, constituye también uno de esos alumbramientos felices de la inteligencia humana, pregoneros de la indubitante existencia de un más allá regido por un Sér inconmensurablemente sabio y esencialmente espiritual.

El Silogismo, cuyos principios y leyes pueden considerarse agotados por Aristóteles en sus Tópicos, le debe a él su perennidad. De esa argumentación que tantos amigos como impugnadores conoce, dice Leibniz: "Tengo el invento del silogismo por uno de los más brillantes y de los más útiles para el espíritu humano. Es una especie de matemática universal cuya importancia no se conoce bastante bien...". ¿Y su decisivo paso en cuanto al acercamiento del mundo inteligible y del sensible, cuando estatuye que las ideas no existen fuera de los objetos singulares?... Ello quedará ahí como otro gran esfuerzo en el intento de esclarecer el problema de la ciencia, así se le pueda enrostrar el haber bordeado, con inminente peligro de caer en él, el precipicio del mundo de las ideas de Platón, que Aristóteles tan denodadamente combatió.

En las controversias que estos, como otros temas del Estagirita han suscitado, mucho ha tenido que ver la manía de disputa de la Escolástica. Tomás de Aquino —todos los sabemos—, utilizó casi en bloque las doctrinas de Aristóteles y con una dilatada visión de las cuestiones y una profundidad asombrosa les imprimió un sello inconfundiblemente cristiano. Las escuelas de la Edad Media entusiasmadas por el genio del Doctor Angélico y ávidas de aparecer más tomistas que este, se trenzaron con frecuencia en una serie de discusiones, la mayoría de las veces tan

sutiles y necias como estériles y fuera de lugar, pero que tuvieron la virtud de oscurecer o por lo menos introducir dudas en puntos que con toda seguridad Aristóteles y Santo Tomás vieron con claridad meridiana.

En el dilatado campo de la metafísica resplandece en toda su plenitud el talento del filósofo griego. Su célebre teoría del hilomorfismo o de la materia prima y la forma sustancial, profunda y admirablemente tratada después como la teoría del acto y la potencia y acogida con todas sus consecuencias por el escolasticismo, no puede ser ni más diáfana ni más conforme a una concepción desprevenida de nuestra mente. En este sentido, las modernas especulaciones sobre el átomo, que lo reducen a un núcleo central alrededor del cual giran electrones en número variable, según el elemento, quizá le hubieran hecho reflexionar más a espacio sobre la concepción de los pitagóricos acerca del papel primordial del número en la composición esencial de los seres. Sus clásicas definiciones de tiempo y de lugar, entre otras, hoy tan simples y evidentes que cualquier principiante de bachillerato las explica con lujo de detalles, denuncian aquella laboriosidad y difícil facilidad que únicamente son dables en inteligencias superiores iluminadas por una indeficiente luz ultraterrena.

¿Y si inquirimos por sus tesis acerca de Dios?... Ni Anselmo, ni Agustín, ni Tomás de Aquino, ni uno solo de los filósofos que hallan el fundamento de todas las cosas en la indiscutible existencia de Dios, cuentan con argumentos que envidien a los ya propuestos por el Estagirita en sus elucubraciones sobre el *último principio*. Cuando él afirma que esa primera causa debe ser una sustancia en acto; que debe ser eterna; que debe ser pura; que carece de toda potencialidad; que es libre y absolutamente feliz con entenderse a sí misma, no hace otra cosa que ofrecer a nuestra absorta admiración la idea más cercana a la realidad de esa Potencia sublime y maravillosa que nos trajo a la vida y a la cual, en día no lejano, habremos de enfrentarnos ineluctablemente.

Si al conocimiento de todas estas cuestiones habríamos de llegar por uno u otro camino, sin que ningún hombre o libro para ello fuera necesario, la mayor gloria de Aristóteles consiste, según John Leofric Stocks, en que todo pensador sea su discípulo aun sin conocerlo.